

Autor: Germano Quintanilha Costa - Corpo Freudiano Escola de Psicanálise

Título: El psicoanalista delante *un* niño: El arte de *a-coger* el “Extraño”.

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

---

Situando nuestro trabajo en el ámbito del psicoanálisis con niños, consideramos algunas cuestiones centrales: ¿qué es el psicoanálisis con niños?; ¿Qué sostiene el deseo de que seamos analistas de niños?; ¿Lo que esa clínica impone y exige del analista?

Además de los grandes avances existentes en el ámbito del psicoanálisis con niños, todavía hoy en día es posible que se oiga un discurso bastante infiel sobre ese campo: i) “*trabajar con niños es algo más accesible a las mujeres*”, o, ii) “*comenzar un trabajo clínico es más fácil con los niños*”. ¿Siendo posible, pues, la pregunta: Cuál es la razón para un discurso tan inadecuado, infiel?

Freud y Lacan nos enseñan que la fantasía es un recurso defensivo del psiquismo contra la angustia que es producida cuando el Real de la estructura psíquica viene al primer plane. Eso nos permite pensar que cuando fantaseamos la clínica con niños, en tonos románticos, estaremos poniendo un velo sobre su verdadera face.

Nuestra propuesta es pensar que la fantasía abre espacio para aquello que Freud llamó de “resistencia” y que Lacan situó como siendo también de la parte del analista. A partir de eso, proponemos pensar la resistencia y su relación con la cuestión de lo “extraño”.

Encontramos en la obra de Freud un concepto que él llamó de “Unheimlich” y que puede ser traducido como la “extrañeza”. En una obra dedicada a este tema, Freud concluye que este afecto es solidario de la angustia, asociada al complejo de castración; y que él no dice respecto a algo nuevo, pero sí, la angustia de la castración que hubiera sido recalçada.

Cuando constatamos que visiones fantasiosas sobre el psicoanálisis con niños apuntan para una resistencia del propio analista, podemos pensar que las fantasías que visan a romantizar esta clínica sirven para proteger la persona del analista de aquello que le suena como “extraño”, o sea, de aquello que tiene a ver con su propio recalque.

Propongo pensar que para un adulto, candidato a psicoanalista, el encuentro con un niño pueda traer al primer plano ese afecto del “extraño”. Mirando-se contra-transferencialmente en el niño, el analista se ve, sin saberlo, delante su propia niñez recalcada y, probablemente, de las angustias a ella asociadas.

Sobre la angustia, se hace urgente que consideremos aquello que Lacan reveló: “*la angustia es el afecto que no engaña*”. Claro, eso implica en pensar que existe algo que no engaña cuando un niño está delante un analista. ¿Qué es eso pues que existe en la niñez y que es capaz de volver como angustia en un adulto?

Lo que existe para todo el sujeto es una condición de niñez del psiquismo, de ahí el dicho lacaniano “el adulto no existe. La angustia que está presente en esta condición apunta para aquello en que Freud y Lacan fueron unánimes al afirmar: el ser humano viene al mundo bajo la condición de un profundo y radical “desamparo”.

En “Los complejos familiares”, Lacan resalta que el nene humano nace bastante prematuro, lo que lo hace extremadamente desamparado y dependiente del Otro. Siendo el instinto incapaz de responder a las cuestiones cruciales del ser humano, será por la vía de la pulsión que el sujeto va a constituirse, siendo que la pulsión es justamente el “silencio de la anatomía en respuesta a las cuestiones del sujeto” (Saurret: 1998).

Será por un proceso de erotización de los cuidados maternos – y de su deseo implicado – que el niño pasará del registro de la necesidad orgánica al campo de una demanda de amor, diseccionada a este primer Otro que lo cuidó. Instaurado ese campo, el niño pasa a no incorporar solamente atributos alimentarios, pero los significantes en el discurso de este Otro.

Entretanto, a pesar de la alienación de la red de significantes del Otro – condición esencial a la constitución subjetiva – eso no garantiza al niño un llenarse completamente de aquel silencio que llamamos de pulsión.

¿Cuál es pues la función de un analista delante un niño?

Según Lacan, para la formación de un psicoanalista es necesario que un sujeto, causado por un deseo, pueda caminar por tres instancias: análisis personal, supervisión y estudio teórico. En este trayecto, debe experimentar y elaborar un saber sobre aquello que el psicoanálisis nos revela: el psiquismo es estructurado de tal forma que el propio sujeto no puede disponer de un acceso libre a su verdad.

Actuar como psicoanalista implica sostener, o soportar el vacío de este discurso. Se trata de la más que conocida docta ignorancia, dicha por Lacan, como siendo la actitud necesaria de parte de un analista: él debe saber que no existe saber capaz de hablar en lugar del sujeto, y tampoco un saber que pueda agotar su verdad.

Ciertamente, reside aquí una de las más complejas tareas de un analista. Éste, si quiera sostener esa función, tendrá que no excluir la angustia de la escucha, ni de su acto.

Cuál es entonces la resistencia que un analista puede encontrar delante un niño? El niño tiene la particularidad de hacer saltar a nuestros ojos una condición angustiante de la existencia: el desamparo; por eso, si no queremos perder nuestra función de analista, tendremos que irremediablemente “a-coger” a ese desamparo del sujeto.

Digo “a-coger” de modo proposital, para subrayar el objeto de la angustia según Lacan, el objeto “a”, que de objeto sólo tiene el nombre, porque su conciencia es la de un vacío.

No digo de un acogimiento romántico, narcísico, como “vengan a mí los niños”. Hablo de lacto del analista como aquel que va a sostener, ofrecer soporte a esa condición desamparada del sujeto niño, evitando así que el análisis se transforme en un atajo para experiencias de carácter pedagógico.

Cabe al analista tener analizado su propia niñez, para que pueda entonces no crear resistencia contra al desamparo de su analizado. Negándo-se a atender la demanda transferencial, el analista no ocupará lugar de maestro en relación al niño, evitando así que su desamparo sea mascarado.

La función del analista es hacer la angustia del niño asumir una voz, que no sea la voz de un discurso adulto, pero que sea la expresión de su condición de sujeto. La angustia del niño pudiendo asumir una expresión en su vida, eso la dejará protegida contra los muchos síntomas y desórdenes que podrán costarle mucho más caro.

El niño en su profunda alienación al deseo del Otro, pasa a vivir de una manera de desamparo: la falta de sentidos que puedan complementar el vacío enigmático del deseo del Otro.

Solamente la castradura simbólica podrá librar al niño de tal encrucijada. El analista, un facilitador de la castración, es aquel que intentará auxiliar al niño en la búsqueda hacia una salida más confortable para su Édipo y que, de esta forma, venga a ser, no solamente un objeto del discurso del Otro, sino que pueda usufruir de esos significantes para intentar constituir un discurso que siga las pegadas de un proceso de subjetivación.

#### **BIBLIOGRAFIA:**

*FREUD, Sigmund. Obras psicológicas completas de Sigmund Freud. Edição Standard Brasileira. O estranho (1919). Vol XVII. Rio de Janeiro: Imago, 1996.*

Lacan, Jacques. *O seminário, livro 10: a angústia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2005.

Maud, Mannoni. *A primeira entrevista em psicanálise*. Rio de Janeiro: Elsevier, 2004.

Sauret. Marie-Jean. *O infantil e a estrutura*. São Paulo: Escola Brasileira de Psicanálise – SP, 1998.

Vieira, Marcus André. *A inquietante estranheza: do fenômeno à estrutura*. Latusa. Escola Brasileira de Psicanálise – RJ, 2000.